



INSTITUTO DE LA CULTURA TRADICIONAL SEGOVIANA

MANUEL GONZÁLEZ HERRERO

TRIBUNA | HONORIO VELASCO (*)

Una fiesta en Cuaresma: La Sierra Vieja



LA REVISTA DE DIALECTOLOGÍA Y TRADICIONES POPULARES fue fundada en el seno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas por Vicente García de Diego en 1944, que fue su director hasta 1977. Por su continuidad en el tiempo y por el cúmulo de ensayos etnográficos contenidos en ella debe ser considerada como la principal y más destacada revista española de la especialidad. En los primeros números se publicaron una serie de artículos sobre distintos temas de cultura popular en la provincia de Segovia, particularmente debidos al empeño de Gabriel María Vergara Martín, catedrático de Geografía e Historia en el Instituto de Guadalajara desde 1898 hasta su jubilación y prolífico autor de libros, muchos de los cuales fueron publicados por la Editorial Hernando. Dedicó una buena parte de ellos a temas segovianos, algunos de los más conocidos son: Derecho consuetudinario y economía popular de la Provincia de Segovia (1909), Ensayo de una colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes a la provincia de Segovia (1903), Curiosidades segovianas (1912), Tradiciones segovianas (1932). En la Revista citada publicó "Voces segovianas" (1946), "La Catorcena" (1946), "Las cristeras de Serrezuela de Hernando" (1948), "Coplas de Ronda" (1948). Esa serie de artículos sin embargo no continuó debido a la muerte de Vergara Martín el 21 de diciembre de 1948. A él se debe también la colaboración de otros en la misma revista. Uno de los estudios es el publicado por Mercedes Chico y Gárate sobre la fiesta de la "Sierra Vieja" en Anaya. La "Sierra Vieja" era una fiesta infantil y en ese tiempo se organizaba en el marco de la escuela de la cual era maestra Mercedes Chico.

El jueves de la tercera semana de Cuaresma, los niños y niñas de la escuela hacían fiesta y por separado portando sendas cruces vestidas con escapularios y ellos mismos con sombreros variados que había obtenido en cada casa, salían por el pueblo pidiendo a vecinos y a forasteros dinero o bien huevos. Cantaban y rezaban delante de cada casa recorriendo todo el pueblo y luego depositaban todo lo recogido en el domicilio de alguno y se retiraban para comer. Los cantos agradecían las donaciones o bien recriminaban a quienes no se mostraban generosos. Cada grupo actuaba de modo muy organizado con cargos que tenían funciones muy bien delimitadas, procesionaban en filas ordenadas encabezadas por las cruces, los rezos los hacían de rodillas y mostraban en general la debida corrección. Por la tarde salían de merienda, cada uno con lo que llevara de casa y luego jugaban hasta el atardecer. Con el di-

nero se hacían los gastos necesarios para la celebración del domingo, día en el que salían al campo a merendar todos juntos.

Se celebraba en numerosas poblaciones, además de Anaya, Garcillán, Pinilla, Tabladillo, Marazoleja, Marazuela, Martín-Miguel, Juarros de Ríomoros y también en San Martín y Mudrián, Carbonero el Mayor, La Higuera, etc. Con ciertas variantes en cuanto a las canciones y los objetos procesionales. No pocas veces a aquellos que no se mostraban demasiado generosos se les cantaban canciones con distintos tonos de reprobación:

*Ángeles somos,
Del cielo venimos, cestas traemos,
Huevos pedimos;
Si no nos los dan,
Que los lleven al paraíso terrenal*

Cuando esta fiesta que en tiempos era de chiquillos fue adoptada por las escuelas estos tonos se suavizaron un poco. Y del mismo modo se entiende que las prácticas descritas en la etnografía anterior fueron remodeladas al estilo de la disciplina escolar y bajo la regulación eclesiástica. Si bien encontraban su contrapunto en los momentos de juego que antecedían y seguían a la merienda común, como también menciona el informe de la maestra.

El relato anterior no especifica la razón del nombre de la fiesta y la autora del informe indica que había preguntado a los mayores del pueblo sobre ello. Alguno le indicó que respondía a que antiguamente llevaban los muchachos "una sierra vieja" durante la cuestación y posiblemente con ella amenazarían a los poco generosos vecinos con aserrarles la puerta. Se deduce claramente del relato que en 1946 los niños participantes celebraban una fiesta durante la Cuaresma cuyo nombre no tenía otro significado que el de señalar ese día.

Vergara había escrito en 1925 en el libro Cuatro mil palabras y algunas más de uso no frecuente (p. 172): "Sierra Vieja. Acep. Fig. Segovia. Merienda escolar, que en algunos pueblos, La Higuera, entre otros, celebran todos los años en un día del mes de marzo, el maestro de primera enseñanza y los chicos de la escuela. El viernes correspondiente a la mitad de la Cuaresma van los muchachos con la cruz de la escuela por las casas de los pueblos pidiendo para la sierra vieja; y con los comestibles que reúnen celebran al día siguiente una merienda en el campo con asistencia del maestro. Esta fiesta original por el modo de organizarla y por su nombre solo se conserva en los pueblos de escasa importancia". Se percibe aquí el antecedente del informe anterior, pero no da cuenta del significado ya perdido. Fue Julio Caro Baroja en su tesis primero y luego en El Carnaval (publicada en 1965) quien

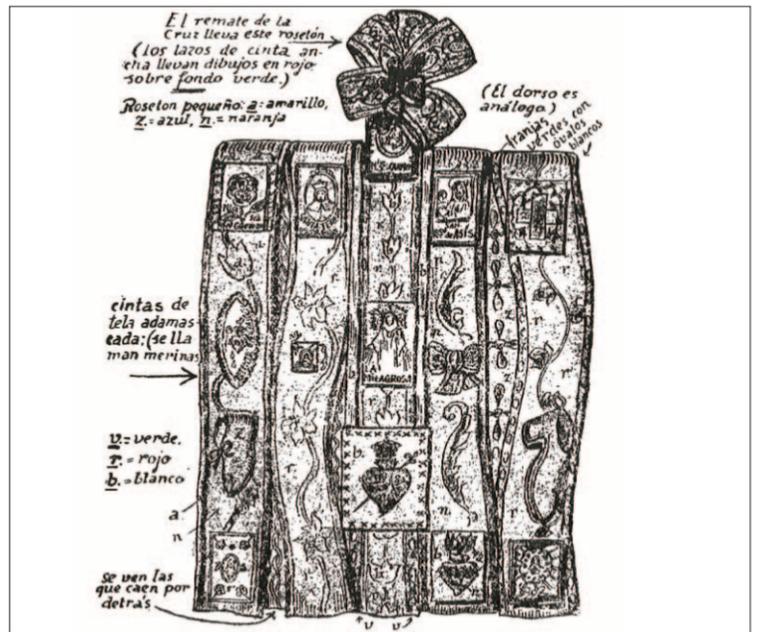
reunió un buen número de datos sobre la Cuaresma y su representación en la cultura tradicional española, advirtiendo precisamente que en las versiones conocidas de la fiesta apenas se reconocía ya. La aportación de numerosos documentos literarios muestra que esta fiesta estuvo muy generalizada. Hay relatos precisos sobre el Madrid de mediados del siglo XIX por Basilio Sebastián de Castellanos y también de Blanco White en Andalucía a fines del XVIII y comienzos del XIX y en las Baleares, en Cataluña y en la Navarra meridional con nombres como "serrar la Vieja", "partir", "quemar" o "matar" la Vieja. Se celebraban justo a mitad de la Cuaresma. Y esta localización tan precisa de la fiesta, por un lado parece justificar la denominación de "partir" por la mitad, pero los relatos de los escritores costumbristas se refieren también a la práctica de "serrar" trozos de una figura de madera o cartón según iban pasando las semanas de la Cuaresma.

La fortaleza con la que se impuso en la Baja Edad Media en toda la Europa Cristiana las disciplinas y los ayunos de la Cuaresma -como opuesto a las licencias y desenfrenos del Carnaval- hicieron de este periodo un tiempo con personalidad característica que fraguó en la cultura popular en formas proverbiales. Una figura humana de mujer vieja dio cuerpo a esta caracterización imaginariamente concebida como "entendada (hijastra) del Miércoles de Ceniza". Esta caracterización aparece mencionada en la Comedia del Siglo de Oro (Lope de Rueda) y en el siglo XVIII se conocen figuras hechas de cartón que representan a una mujer vieja y flaca y con siete piernas. En algunas variantes llevaba un bacalao en la mano. Otra muestra de esta personificación es una adivinanza también muy extendida (En Andalucía, Castilla y León, etcétera):

*De siete hermanas que somos
Yo la primera nací
Y soy la menor de ellas
¿Cómo puede ser así?
(la primera semana
de la Cuaresma)*

Estas figuras posiblemente en poblaciones rurales o en barrios de las ciudades eran precisamente las que se portaban procesionalmente para la celebración de la fiesta. O también en variantes más pequeñas se tenían en las casas a modo de calendario doméstico y se les iban cortando piernas a medida que transcurrían las semanas de la Cuaresma.

En las Cartas de España de Blanco White, la carta 7ª fechada en Sevilla en 1806 es un informe del calendario festivo, en ella se describe una fiesta en la "Media Cuaresma" y la presenta como "resto de una antigua costumbre" y describe cómo los niños ataviados con sombreros de papel dorado y vestidos hechos de



Representación de la Cuaresma (arriba) y cruz de la Sierra Vieja en Anaya 1946.

papel impreso alborotaban todo el día tocando tambores y matracas y gritando "Aserrar la vieja, la pícara pelleja" llamando a todas las puertas y al final serraban un muñeco en forma de vieja como símbolo de la Cuaresma. El relato luego se detiene en consideraciones sobre la difícil guarda del ayuno en tiempos de penuria y el deseo de que pase la Cuaresma cuanto antes, intentando en todo caso hacer una comida más copiosa al menos un día de ese periodo. Otros informes han señalado que eran los huevos el principal alimento solicitado libres como estaban de la prohibición eclesiástica y disponibles en la temporada según constaban los viejos refranes "Desde San Antón, la gallina pon". Y por lo mismo objeto de donaciones y aportaciones a la comunidad festiva.

Una fiesta en Cuaresma era y es un tiempo singular, en contraste con la continencia y el recogimiento que implica el periodo. Pero la fiesta lo rompe momentáneamente agrupando a actores sociales, operando con símbolos y proporcionando algún suplemento de alimentos. La

transición de los tiempos se marca en la cultura tradicional a menudo por medio de rituales que representan figuras que se destruyen. En el ciclo festivo de invierno abundan esas figuras de fin de año, de Carnaval e incluso de Cuaresma y de Pascua. La Sierra Vieja remite a una de esas figuras, pero también muestra la reelaboración de los motivos festivos a lo largo de las épocas. Y el modo como las instituciones, en este caso la escuela, hizo perdurar viejas prácticas remodelando símbolos, al tiempo que los niños asumían sus papeles sociales en las comunidades locales. En su revitalización actual además se refuerzan los lazos y se reavivan los recuerdos.

(*) Catedrático de Antropología. UNED. Miembro del Consejo Asesor del Instituto González Herrero.



Diputación de Segovia